

Que es y que no es

La Navidad es una fiesta universal, porque es la conmemoración del inicio de nuestra Redención. Dios se encarna como Hombre y rescata a la humanidad del pecado para que todos podamos salvarnos



La Iglesia festeja cada año en todo el mundo, la venida del Redentor, la tan esperada llegada del Mesías.

Y SUCEDIÓ QUE EN UNA CUEVA EN LAS AFUERAS DE BELÉN, NACE JESÚS NUESTRO REDENTOR ¡ALELUYA! (cfr. Lc. 2, 1-7)

Y esto es lo que festejamos.

La Nochebuena, llamada así porque es noche de paz y amor, precede al día de Navidad cuya importancia es el inicio de nuestra Redención

El tiempo de Navidad, no es consumismo y gastos, fiestas y parrandas, lo que llaman «posadas» que no implica más que comer y beber, hacer lo que hacen los demás y tristemente nadie se acuerda de Jesús, de amar y dar afecto a quien lo necesite aun y cuando esto no cuesta dinero. Es tiempo de darse, de ser feliz, haciendo felices a nuestro prójimo, a los niños, los enfermos, los ancianos y los necesitados.

Es tiempo de perdón, de reconciliación, de comprensión, y de dejar a quienes nos hacen pecar y nos alejan de Dios

La Navidad es el tiempo de Dios, tiempo que no tenemos, que no nos sobra, es tiempo que debemos buscar fuera de nuestras actividades «para dárselo a El, a Jesús».

Si sintiéramos alguna vez que hemos perdido a Dios, no esperemos reencontrarle entre brindis o en el bullicio de las fiestas de los que se sienten «modernos»

Jesús llena el vacío de nuestra vida si le damos tiempo, cuando lo buscamos para hablarle y contemplarle, cuando nos detenemos donde podamos escucharle.

Vayamos «contra corriente» dejando a todos -a los que dicen que nada les falta, que la pasan bien- lo que importa es encontrar a Jesús y así encontraremos la paz y el camino que nos conducirá al Cielo.

Navidad

Cuando llegan las Navidades, me gusta contemplar las imágenes del Niño Jesús. Esas figuras que nos muestran al Señor que se anonada, me recuerdan que Dios nos llama, que el Omnipotente ha querido presentarse desvalido, que ha querido necesitar de los hombres. Desde la cuna de Belén, Cristo me dice y te dice que nos necesita, nos urge a una vida cristiana sin componendas, a una vida de entrega, de trabajo, de alegría.

No alcanzaremos jamás el verdadero buen humor, si no imitamos de verdad a Jesús; si no somos, como El, humildes. Insistiré de nuevo: ¿habéis visto dónde se esconde la grandeza de Dios? En un pesebre, en unos pañales, en una gruta. La eficacia redentora de nuestras vidas sólo puede actuarse con la humildad, dejando de pensar en nosotros mismos y sintiendo la responsabilidad de ayudar a los demás.

Es a veces corriente, incluso entre almas buenas, provocarse conflictos personales, que llegan a producir serias preocupaciones, pero que carecen de base objetiva alguna. Su origen radica en la falta de propio conocimiento, que conduce a la soberbia: el desear convertirse en el centro de la atención y de la estimación de todos, la inclinación a no quedar mal, el no resignarse a hacer el bien y desaparecer, el afán de seguridad personal. Y así muchas almas que podrían gozar de una paz maravillosa, que podrían gustar de un júbilo inmenso, por orgullo y presunción se transforman en desgraciadas e infecundas.

Cristo fue humilde de corazón. A lo largo de su vida no quiso para El ninguna cosa especial, ningún privilegio. Comienza estando en el seno de su Madre nueve meses, como todo hombre, con una naturalidad extrema. De

sobra sabía el Señor que la humanidad padecía una apremiante necesidad de El. Tenía, por eso, hambre de venir a la tierra para salvar a todas las almas: y no precipita el tiempo. Vino a su hora, como llegan al mundo los demás hombres. Desde la concepción hasta el nacimiento, nadie, salvo San José y Santa Isabel advierten esa maravilla: Dios que viene a habitar entre los hombres.



La Navidad está rodeada también de sencillez admirable: el Señor viene sin aparato, desconocido de todos. En la tierra sólo María y José participan en la aventura divina. Y luego aquellos pastores, a los que avisan los ángeles. Y más tarde aquellos sabios de Oriente. Así se verifica el hecho trascendental, con el que se unen el cielo y la tierra, Dios y el hombre.

¿Cómo es posible tanta dureza de corazón, que hace que nos acostumbremos a estas escenas? Dios se humilla para que podamos acercarnos a El, para que podamos corresponder a su amor con nuestro amor, para que nuestra libertad se rinda no sólo ante el espectáculo de su poder, sino ante la maravilla de su humildad.

Grandeza de un Niño que es Dios: su Padre es el Dios que ha hecho los cielos y la tierra, y El está ahí, en un pesebre, porque no había otro sitio en la tierra para el dueño de todo lo creado

Es Cristo que Pasa- San Josemaría Escrivá



TRANSITO

Un agente de tránsito se acerca a un automovilista. - Dígame, Señor, ¿no vio usted la flecha en el semáforo?

Contesta el automovilista: - ¿Qué? Si no vi al indio, como quiere usted que vea la flecha.

ANUNCIO.

En una tienda: "Solo se fía a mayores de sesenta años que vengán acompañados de sus padres".

DE TONTOS

-¿Porqué no tomas leche fria?
-Porqué no me cabe la vaca en el refri.



pensamientos
provechosos

Ante el que sufre, uno no tiene derecho a hacerse el desentendido, a no mirar.

jaculatoria
DEL MES

(Invocar seguido a la Sagrada Familia)

Jesús, José y María,

os doy el corazón y el alma mía.



El propio conocimiento nos lleva como de la mano a la humildad.

609

Dolor y Sufrimiento

El sufrimiento es efecto natural de la tribulación. Las tribulaciones son las enfermedades, reveses de fortuna, contradicciones de los hombres... y nos recuerdan nuestra limitación y que vivimos en el destierro donde no hemos de buscar comodidades y descanso definitivo y que nuestra patria es el cielo donde hemos de entrar por muchas de estas tribulaciones.

Lo esencial es «saber sufrir». «En la aflicción los malos odian a Dios y blasfeman contra El; los buenos, en cambio, oran y le alaban» (S. Agustín), y se esfuerzan por no perder el mérito y la recompensa del sufrimiento que es muy grande, pues «si padecemos juntamente con Cristo, con El seremos glorificados eternamente» (Rom. 8, 17).

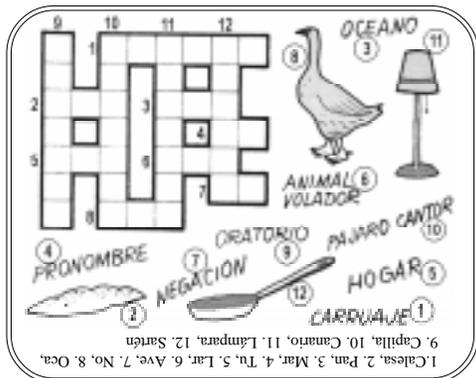
«Cuando Dios envía a un alma, sin culpa suya, grandes sufrimientos, señal clara es que pretende elevarla a gran santidad» (S. Ignacio de Loyola).

«Las calamidades que nos oprimen, nos fuerzan a ir a Dios» (S. Greg. M.). Las tribulaciones y cruces de esta vida nos hacen ver la falsedad e inestabilidad de las cosas humanas.

Para los justos el dolor es también gran medio de apostolado, y una bella oración es ofrecerlo unido a Cristo por los pecados propios y conversión de los pecadores.

«Bienaventurado aquel que padece la tentación (o tribulación) con paciencia, porque después de que fuese probado recibirá la corona de la vida, que Dios ha prometido a los que le aman» (Sant. 1, 12).

Dicc. Bíblico-Teológico - B. Martín Sánchez



Una historia de Navidad



Descubrir el rostro de Cristo en los necesitados.

1) PARA SABER

En ocasiones pensamos que nuestros problemas son los más grandes del mundo. Algo parecido le pasó a un muchacho llamado Francisco, hasta que le sucedió un encuentro inesperado con una señora. Frank, así le decían, siempre había sido un buen estudiante y deportista. En sus estudios, era un alumno sobresaliente. Le gustaba el básquetbol y sabía jugarlo.

Se había preparado especialmente para jugar la próxima temporada y había comprado unos tenis muy suaves y cómodos para jugar. Por lo que le produjo un gran dolor cuando al leer la lista de los seleccionados no se encontró en ella. Ese día sintió como si hubiera dejado de existir. Muy triste salió de los vestidores, tratando de encontrar una explicación a su exclusión del equipo. Caminó durante un buen rato pero nada lo consolaba. Duró varios días de mal humor, no queriendo hablar con nadie y respondiendo mal a sus padres. Nada le agradaba.

Pero un día de mucho frío y lluvia, tomó el autobús de costumbre y se sentó cerca del chofer. Una mujer muy adelantada en su embarazo con paso lento subió al camión y se sentó detrás del asiento del chofer. Entonces el chofer le preguntó en voz alta: "¿Dónde están sus zapatos, señora? Porque afuera está fríísimo". Francisco no se había fijado, pero efectivamente la señora iba sólo con unas calcetas medio mojadas. La señora le contestó al chofer: "No puedo darme el lujo de tener zapatos. Subí al autobús sólo para calentarme los pies. Si no le importa viajaré con usted un rato".

El chofer se rascó su cabeza y exclamó: "Sólo dígame cómo es que no puede traer zapatos." La señora le dijo: "Tengo ocho hijos. Todos tienen zapatos. No quedó dinero para mí. Pero está bien, el Señor cuidará de mí." En ese momento Frank miró hacia abajo, observó sus nuevos tenis Nike de Básquetbol. Sus pies estaban cálidos y cómodos, igual que siempre. Y entonces miró a la mujer, sus calcetas estaban desgarradas. Era una señora marginada y olvidada por la sociedad. Él siempre podría darse el lujo de tener zapatos. Ella tal vez nunca.

En un momento

se quitó los tenis. Pensó que tendría que caminar tres cuadras, pero el frío nunca le había molestado. Cuando el autobús se detuvo en la parada final, Frank esperó hasta que todos se hubieran bajado. Entonces recogió sus tenis, se acercó a la mujer y se los entregó diciéndole: "Tenga señora, usted los necesita más que yo". No esperó a que le diera las gracias, sino que bajó de prisa sin darse cuenta que caía en un charco. No importaba, no sentía el frío. En eso escuchó a la señora que desde la ventana del autobús le decía:

"Mira, ¡me quedan perfectos!". A la vez, el chofer le preguntaba "¿Cómo te llamas muchacho?". Él contestó, "Frank". El chofer le dijo: "Muy bien, Frank".

En mis veinte años de chofer nunca he visto algo semejante". La mujer, llorando, le decía al chofer: "Ya ve, le dije que el Señor cuidaría de mí" Y volviéndose, dijo: "Gracias Frank".

"No hay de qué, es Navidad", respondió Frank, quien se dirigió a su casa con los pies helados pero con el corazón contento y riéndose por haberse preocupado de no jugar con la selección ese año.

2) PARA PENSAR

Efectivamente, a veces hace falta mirar a nuestro alrededor, para descubrir que los demás están más necesitados que uno mismo. El Papa nos llama a descubrir el rostro de Cristo en esas personas necesitadas, recordando las palabras de Jesucristo: "Porque estuve desnudo y me vistieron, enfermo y me visitaron..." (cfr. Mt 25, 36). En su carta el Papa, nos recuerda que "en las persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos" (Al Comenzar el Nuevo Milenio, n. 49). Pensemos si estamos haciendo algo por aquellas personas necesitadas.

3) PARA VIVIR

Estos días navideños, han de estar impregnados de espíritu cristiano. Y una manera concreta de vivirlo es atendiendo las necesidades de los demás, dentro de nuestras posibilidades. Por ejemplo, podríamos visitar a alguna persona necesitada, enferma o sola y hacerle pasar un momento agradable.

José Martínez Colín, Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra